



“El fagot me escogió a mí”: Ema, la niña que toca con el alma, se educa desde casa y sueña en grande



A Ema no le tembló la voz ni el corazón cuando dijo: “Es mi instrumento, lo sentí, el fagot es tan único como yo”. A sus 14 años, con un vocabulario tan afinado como su oído musical, esta joven bumanguesa ha encontrado en la música y en un instrumento poco convencional, la voz que la conecta con el mundo.

La descubrí entre clases de fagot en la Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga, y bastaron unos minutos de conversación para entender que no es una estudiante común. En sus palabras hay pasión, convicción y una madurez que no se improvisa. Viene de una familia numerosa, “somos 11 hermanos”, dice entre risas, como si fuera una anécdota más, aunque es evidente que su vida ha sido una sinfonía de aprendizajes cotidianos.

Estudia desde casa, con su mamá como maestra y guía. “No estoy matriculada en un colegio tradicional. Estudiamos con libros, con internet, con lógica matemática. Mi mamá nos agrupa por edades y así aprendemos todos juntos, aunque cada quien a su ritmo”, explica



con naturalidad. Y aunque extraña tener amigos de su edad, afirma que la EMA ha sido ese lugar donde ha encontrado afinidad, amistad y sobre todo, su identidad artística.

Su historia con el fagot nació casi como una casualidad mágica. “Una de mis hermanas me dijo que habían traído un fagot a la EMA. Ese nombre me sonó tan raro, investigué, lo escuché, y fue como amor a primera nota”. Describe su sonido como sombrío pero dulce, acogedor y fuerte, un instrumento que, al igual que ella, no se parece a los demás. “Cuando abrieron convocatorias, supe que tenía que entrar. Sentí que ese era mi lugar”.

La vida en su casa no es fácil, pero está llena de historias. La loza es su enemiga, pero la cocina su aliada. Las peleas entre hermanos son parte del día a día, pero también lo son las risas, los juegos de mesa, la navidad y los cumpleaños hechos en casa, con lo justo, pero con lo más importante: amor y esfuerzo colectivo.

Su padre es diseñador gráfico. Su madre, el corazón de su hogar y también su docente. Juntos han formado un núcleo creativo donde cada uno aporta desde lo que sabe, desde lo que sueña. En medio de todo, Ema va forjando su camino, entre partituras, sueños y bocetos de ropa. Porque sí, también quiere ser diseñadora de modas: “me gusta vestir bien a los demás, resaltar lo mejor de cada quien con los colores adecuados”.

Pero cuando habla del fagot, sus ojos brillan diferente: “Más que llenar escenarios, quiero que las personas sientan amor cuando me escuchen tocar, que digan ‘¡guau!, ¿qué es esto?’. Que sientan esa emoción que yo siento”.

Antes de despedirnos, deja un mensaje para otras niñas como ella: “No pierdan el tiempo en TikTok. Enfóquense. Hay un mundo de arte, de música, de cosas maravillosas que están esperando por ustedes. Solo tienen que atreverse a buscarlas”.

Ema tiene 14 años. Estudia en casa. Cocina con amor. No le gusta lavar loza. Ama el fagot. Sueña con ser solista en Europa. Y si alguien tiene dudas de hasta dónde puede llegar, ella lo deja claro: “Mi límite es el cielo”.

**Oficina de Prensa y Comunicaciones Escuela Municipal de Artes y Oficios de Bucaramanga
-EMA-**